

Clara Voghan

Volver a Empezar

Pequeños Pecados, II

edición digital



© Clara Voghan, 2007

Todos los derechos reservados.

Exp. 551460

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO IX

La luz del dormitorio estaba encendida. Pero no la del suyo, sino la del principal. El que había sido de su padre. El que iba a ser de su hijo.

El cuarto, pintado ahora de blanco, estaba vacío. Pero en la repisa de la ventana, cuidadosamente acomodado, había un osito. El juguete más hermoso que Nicolás hubiera visto.

Con delicadeza lo levantó, y un papel cayó al suelo.

Las manos le temblaban, pero al fin tomó valor para leerlo: “Gracias. No me busques. Carolina”, decía.

Nicolás se quedó allí, la pequeña tarjeta todavía entre sus manos, parado en medio de aquel cuarto inmenso, tratando de entender.

Pero fue inútil.

* * *

Mónica Castro, anterior señora de Pueyrredón, y ahora de nuevo Castro, observó por la mirilla y se sorprendió.

—¿Tú?! —exclamó mientras se apuraba a abrir la puerta.

—Podrías haberme dicho que se trataba de ti —le reprocharon del otro lado.

—¿De qué te sorprendes? No me vas a decir que, en todo este tiempo, Carolina nunca te comentó que yo era su hermana... ¿Dónde está ella? ¿Ha venido contigo?

—¡No disimules! Sé que está aquí....

Sin esperar más invitación que la de su propia congoja, Nicolás se apresuró a recorrer la sala.

—¿Se te ha perdido mi hermana?

—¿Adónde se esconde?!

Nicolás continuó con su búsqueda desesperada.

—No me extraña que se haya ido, luego de lo que les has hecho...

—¿Qué le he hecho?! —replicó, desafiante.

—¡Vamos! La has obligado a servirte, como si fuera una puta barata. Nunca...

Nicolás la interrumpió, con amargura.

—Ayer iba a pedirle matrimonio.

—Ayer, ayer... Siempre es ayer.

Por todo alegato, el joven abogado se limitó a enseñar el hermoso anillo que todavía guardaba en el bolsillo de su saco. Perfecto, y de un gusto exquisito, la joya provenía de uno de los mejores negocios de la ciudad.

Mónica no pudo evitar una oscura ramalada de envidia. Claro que quería a su hermana menor, (al menos a su manera), pero, de alguna forma, el que semejante galán, que vivía sentado sobre una pila de dinero, pusiera esos ojitos arrobados cuando hablaba de Carolina, estaba mal. Y es que cada cual debía cumplir su rol en una familia. Si uno era el charlatán, el otro debía ser reservado, y así... Pues en la suya Carolina era la estudiosa y abnegada, y ella, Mónica, la ganadora. Entonces no había derecho a que su hermanita menor se quedara con el mejor hombre. Después de todo era ella, Mónica, la linda de la familia. ¡Si hasta piernas gordas tenía Carito!

Pero no, allí estaba aquel bombón, derritiéndose en pleno invierno por la amarga de su hermana.

—Por más que ahora trates de enmendarlo, la verdad es que te has portado muy mal con ella. Carolina estaba muy dolida.

Nicolás tenía miedo de preguntar.

—¿Por qué? —dijo al fin, en un hilo de voz.

—No te hagas el distraído. Por lo del bebé. Te faltó hacer una fiesta luego de su accidente. Si mi hermana te ha

dejado, creo que lo mejor que puedes hacer es seguir tu camino, y no intentar contactarla. Nunca más...

Nicolás agachó la cabeza como si estuviera en falta, pero en verdad sólo lo hacía porque aquella situación lo superaba.

¿Tanto se había engañado? ¿Acaso podía ser que aquellos dulces ojos negros que amaba, hubieran ocultado todo el odio y el desprecio que su hermana refería?

Si era así, ni siquiera podía acusar a Carolina de mentir, porque entre ellos nunca habían existido palabras. Sólo aquella comprensión muda, con la cual era tan fácil engañar, o engañarse.

Apesadumbrado, se dirigió a la salida.

Era obvio que no podía esperar más ayuda de esa bruja seca. ¡Terrible! Mónica era el único eslabón que lo unía a la vida pasada de su mujer perfecta. Sin la ayuda de ella no sabía por donde empezar a buscar.

Ya junto a la puerta, hizo un último esfuerzo por conquistar el favor de aquella extraña criatura. Quería demostrarle cuan necesitado estaba de su ayuda, así que le dirigió una mirada lánguida, que expresaba todo su dolor.

Mónica también lo miró. Fijamente. Y en su rostro pudo ver un gesto casi humano, de conmiseración. Esperanzado, el corazón de Nicolás comenzó a latir con fuerza.

Y entonces Mónica, cambiando su cara de enojo por una sonrisa encantadora, le preguntó:

—¿Esto no cambia nada entre nosotros, no?... ¿Sigo siendo tu agente inmobiliario, verdad?

* * *

A Nicolás el dinero de su padre nunca le había producido demasiadas satisfacciones. Más bien, algunas molestias, como tener que evitar los horarios fijos, por temor a ser secuestrado, u olvidarse de toda ostentación, por los robos. Y ni hablar de la culpa que sentía por subirse a su lujoso Audi, cuando el tipo de al lado, como si fuera un caballo, estaba tirando de un carro cargado de basura, (basura que, con suerte, iba a permitirle sobrevivir un día más, en una ciudad sitiada por la pobreza).

Para alguien como él, a quien la ropa no le interesaba, y que no necesitaba para vivir más que una buena cama y un baño, lo único que el dinero podía comprar era un buen motor. Más allá de eso, no le servía para nada. Excepto cuando, como entonces, necesitaba pagar por lo mejor. Y, por cierto, el precio era escandaloso. Durante tres meses invirtió una pequeña fortuna en los más destacados investigadores. Todo un equipo de profesionales entrenados se avocó a encontrar pistas sobre el paradero de Carolina. Se averiguó lo posible, y también lo imposible.

Gracias a eso, Nicolás pudo reconstruir el pasado de aquella mujer que amaba. Personalmente se entrevistó con todos los que la habían conocido: compañeras de colegio, estudiantes de la universidad, colegas, jefes..., ¡hasta la madre de Tommy!. Y todas las voces confirmaban lo que él había intuido sin necesidad de palabras: dulce, inteligente, abnegada, incansable, diáfana, sin estridencias. Carolina había dejado en cada uno de los que la rodeaban una huella profunda. Sí, aquel pasado por el que nunca se había atrevido a preguntar, se develaba ahora ante sus ojos.

Pero el presente... Eso era otra cosa.

Nadie se explicaba como había hecho Carolina para ocultarse. No había salido del país, (ni siquiera por pasos menores); no había viajado ni en micro, ni en avión, ni en tren; no había realizado ni gastos ni pagos en su tarjeta de crédito; no se había registrado en ningún hotel; no trabajaba en relación de dependencia, ni como autónoma; no había concurrido a ningún hospital, ni era alguna de las muertas sin nombre que se acumulaban en la morgue judicial. Era como si se la hubiera tragado la tierra... O como si Dios, conciente de su equivocación, hubiera decidido recuperar a su ángel.

Pasados los primeros tres meses de trabajo intenso, la vida de Nicolás fue retomando el ritmo lento y vacío que tenía antes de que Carolina forjara su historia. Sus tareas profesionales se extendían hasta bien entrada la noche, y luego le tocaba el turno a la soledad. Y entonces recorría la casa como vagabundo, tratando de reencontrarla en sus

cosas. ¡Si hasta llegó a leer varias de sus novelas románticas! Pero incluso eso lo entristecía. Y es que en aquellas páginas almibaradas creía entrever la clave de su propio fracaso. ¡Claro que Carolina era como aquellas heroínas! Hermosa, inteligente, dulce, virtuosa... ¡Perfecta! Él, en cambio, distaba mucho de esos galanes. Y no, por supuesto, por los ridículos músculos súper desarrollados que ellos tenían, (¿que clase de pervertido diseñaba esas cubiertas?!), sino porque siempre eran hombres que entendían a las mujeres. Tipos románticos, que no dudaban a la hora de pronunciar un “te amo”, o ponerse de rodillas. Fulanos que hablaban libremente de sus sentimientos, como si fueran damas en una peluquería. Él, en cambio... A él, tan locuaz en los tribunales, cada palabra dicha en la intimidad le costaba un triunfo. Y era esa parquedad a la hora de expresar lo que le ocurría por dentro, (¡y eso que le ocurría de todo!), lo que lo había llevado a perderla.

Al principio todos le decían “ya se te va a pasar”.

Ahora repetían: “¿todavía no se te ha pasado?”.

Y él ni se tomaba la molestia de contestar.

* * *

—¿Aquel era Nicolás Expósito?

—¿Lo conoces?

Por toda respuesta, el doctor Braulio Fuentes refunfuñó. Sí, claro que lo conocía. El muy hijo de puta era imbatible en los Tribunales, y él había tenido que rendirse en más de una vez ante aquel idiota, o alguno de sus secuaces. ¡Si hasta el mismo Octavio Ruiz estaba a punto de caer, víctima de sus artimañas, en el juicio por su propio divorcio con la modelo! ¡Increíble!

—¿Qué quería contigo? Parecía ofuscado.

—Es la misma historia, desde hace meses. Está buscando como loco a mi hermana, y cree que yo sé adonde se oculta.

—¿Y lo sabes?

—Lo imagino... Pero no voy a decírselo.

—¡Bien hecho! El muy hijo de puta no se lo merece... ¿Y por qué la busca?

—Dice que está enamorado, pero tanto interés me resulta sospechoso... Para mí que ella le ha sacado algo...

—O sabe demasiado...

Mónica miró a su nueva pareja, extrañada. Pero él insistió.

—Creo, querida, que es tu obligación encontrarla antes de que el maldito lo haga.

—¿Para qué?

El doctor Fuentes no estaba dispuesto a develar sus verdaderos motivos.

—¿No querías vender esta casa? ¿No te habían ofrecido casi trescientos mil dólares por el terreno? Si quieres aprovechar la oportunidad, necesitas la autorización de tu hermana. ¡Tienes que encontrarla cuanto antes!

—¿Te parece?

Sí, a Braulio le parecía. Se moría por hablar antes que nadie con la muchacha. De seguro el idiota de Expósito se había portado como un cerdo con ella.... Su futura cuñada debía saber más cosas de las que podía imaginar. Y no había mejor arma para destruir a un hombre que una mujer desesperada.

* * *

Sí, ella era una mujer desesperada.

Esa vida la estaba matando. ¡Pensar que luego de ganar el concurso, con dieciséis años recién cumplidos, había imaginado que su futuro como modelo de desfiles estaba asegurado!

Después de diez trabajos buenos, y de acostumbrarse a que la gente la reconociera por la calle, la cosa se había “pinchado” de un día para el otro. ¡Y podía jurar que esa vieja bruja de Mirelle D’Arc era la culpable!

No, no era la otra. Era ella la que tenía la culpa. Por tonta. Por inexperta. Por acostarse con el tipo equivocado. Por enfrentarse con una mujer tan poderosa como Mirelle. Y de seguro, llamarla “vieja” en televisión nacional no había ayudado demasiado.

Poco a poco había tenido que resignarse a hacer “promociones”. Más de doce horas, parada con shorts mínimos y tacones altísimos, al sol radiante o al frío más inclemente, regalando algún producto, por un sueldo mínimo.

Al principio la reconocían, y eso era una compensación extra, pero luego...

Después de tantos años la habían olvidado.

Y ahora, vieja para niña de promociones, y más vieja aún para modelo, (¡ya tenía veintiséis!), había comenzado con esto. Odiaba esto. Era peor que pasarse doce horas al sol, en tacones. Era...

Algunas veces las cosas iban bien. El cliente era simpático, o hasta, a veces, lindo. Pero la gran mayoría de las noches era repugnante. ¡Siempre le salían con una nueva! “*Quiero mearme sobre ti*”, era de las más sencillas. Había mucho peores. Los hombres nunca dejaban de sorprenderla. Por eso había terminado pensando que aquel buen mozo del que todas sus compañeras hablaban, no era más que una leyenda urbana. Con las facciones de un ángel, y unos modales de lord inglés. Respetuoso, dulce,

conversador... ¡Todo lo que una chica como ella podía desear para el resto de su vida!

Pero, para su desgracia, como le habían contado las demás, aquel angelito no buscaba sexo. Sólo alguien con quien estar a las tres de la mañana. ¿Por qué a las tres? Misterio. El tipo no largaba prenda.

Nancy se perdió en el movimiento de aquellas manos perfectas. Nunca había conocido a un cliente que las tuviera tan suaves.

—Querido, ¿de verdad no quieres más? Yo podría...

—No, no me interesa el sexo. Lo único que quiero es no sentirme tan solo.

—No entiendo como alguien como tú puede estarlo. ¿Seguro que no tienes algún problema? Mira que yo no me asusto de nada, y puedo obrar milagros.

—¿Te refieres a problemas en la cama?

—¿Qué más?

Nicolás sonrió. Aunque se había acostumbrado a pagar por compañía, ya hacía mucho tiempo que no tenía sexo. Y desde que Carolina desapareciera, no había vuelto a hacer el amor.

—No me interesa, gracias.

—Pero un hombre como tú... Podrías encontrar una mujer con sólo salir a la calle con tu auto.

—Prefiero pagar. Sin compromisos. Y sin tener que dar explicaciones —añadió con intención.

Por un momento se quedaron en silencio. Pero luego Nancy insistió. Estaba demasiado desesperada, y no podía dejar pasar una oportunidad así.

—Si lo prefieres, puedo hacer el papel de mudita. Y soy muy sana, porque hace unos pocos días que me dedico a esto —mintió—. Puedo disfrazarme de la mujer que quieras. Me das una foto, y en dos minutos... ¡Voilà! Allí la tienes, en frente tuyo, complaciente como nunca.

Nicolás sintió pena por aquella muchacha. Era bellísima, y debía sentirse especial. Por eso aquella “complacencia” de la que se ufanaba, le debía costar el doble que a las otras de su profesión.

—Escucha, querido —comenzó a susurrarle, a la par que enlazaba su cuerpo desnudo alrededor de él, capturándolo—, este es un mundo peligroso, y andar de putas por allí puede costarte más de lo que piensas. Y no me refiero sólo al dinero. Hay muchas pestes sueltas. Si quieres, yo puedo irme a vivir contigo. Te saldría más barato, y no tendrías que moverte de tu casa. Además, podrías llevarme a eventos empresariales o a fiestas de la familia sin tener que pasar vergüenza. Soy una modelo famosa, y todavía muchos se acuerdan de mi.

Nicolás pensó en su otra modelo famosa. “¿Si esta pobre supiera que todos los días rechazo a la mismísima Claudia Soto!”. Pero nada dijo. No quería lastimar a la muchacha.

—Lo tendré en cuenta —mintió.

Y comenzó a vestirse a paso redoblado. Ya no se sentía cómodo, y quería escapar. Huir, como lo venía haciendo desde que la había perdido. Y es que si se quedaba quieto, tenía miedo de darse cuenta de que Carolina no iba a regresar.

* * *

—Carolina no va a regresar más. Nicolás tendrá que olvidarse de ella, y retomar su vida.

—¡El pobrecito da lástima!

—El mundo está lleno de mujeres mejores que esa muchacha. ¡Le hizo un favor al irse!

Victoria se escandalizó.

Aquellas damas estúpidas hablaban con seguridad de algo que desconocían. Su amigo Nicolás se había enamorado, por primera vez en la vida. Y junto a aquella mujer, (perfecta para él), habían pasado situaciones tan fuertes como concebir un hijo, y perderlo. ¿Cómo podía olvidarla, y llamar a la siguiente? Claro que aquellas damas parlanchinas habían ido de marido en marido, sin mirar atrás. Pero cada tanto existían seres distintos a los otros, como Carolina y Nicolás, capaces de entregar el alma en una relación. ¿Y cómo se hacía para vivir sin alma?

—¿Estás segura de que ésta es la casa?

—¿Te parece que voy a confundir la casa de mi propia abuela? De pequeña venía aquí cada verano.

—Hermosa propiedad... Debe valer una fortuna...

Mónica se molestó. Sí, la casa debía valer una fortuna. Estaba ubicada en lo mejor de la ciudad de Córdoba, en el corazón mismo de una de las provincias más pujantes del país. De niña solía alardear frente a sus amigas por la riqueza de sus abuelos Castro. ¡Qué injusticia! De tanto dinero no había visto nada. Y ahora, lo poco que quedaba, se lo iba a quedar su hermana menor. ¡Qué injusticia!

—La casa parece vacía.

—Debe haber llevado a mi padre al médico. La última vez que lo vi, el viejo estaba a punto de reventar.

—¿Pero estás segura de que ella te dijo que iba a estar aquí?

—No lo dijo, pero... ¿adónde más puede haber ido? Hace unos meses reapareció mi padre por casa, y se entrevistó también con ella. ¡Desgraciado! El muy idiota necesitaba ayuda hasta para morirse, y prometió legar la casa a quien le hiciera de enfermera.

El doctor Braulio Fuentes echó una nueva mirada a la propiedad.

—Trato ventajoso... ¿Por qué no lo aceptaste?

—No estaba tan desesperada —mintió.

Su pareja la observó sonriente.

—Además, de seguro pensaste que podías pelear la propiedad en los Tribunales, una vez muerto el viejo, sin tener que tomarte la molestia.

—Además.

—Pues tienes razón... Vuelve a tocar el timbre.

—No contestan.

—A ver si viajamos más de quinientos kilómetros para nada. ¿Estás segura que Carolina está aquí?

—¡Si la conozco...! La muy idiota es tan compasiva que bien sería capaz de atenderlo sin cobrar nada. Además, como te dije antes, ¿en qué otro sitio podría estar?

—¿Y si te equivocas?

—¡Yo nunca me equivoco! Mira, allí viene...

—¿Es aquella?

—Sí, la de pelo ondeado y oscuro. No se parece en nada a mí.

—¿Dices que es más joven que tú?

—Ella tiene treinta y tres. Es cinco años menor —mintió con descaro.

—Pues parece tu madre.

Con disimulo Mónica se calzó sus anteojos, y echó un vistazo a la lontananza.

No, no era Carolina. Y, sin embargo...

—¿Tía Elizabeth? —preguntó incrédula, al ver pasar a aquella bella mujer a su lado.

—¿Mónica?

La dama intentó un abrazo que su sobrina resistió sin disimulo.

—¿Y mi padre? —preguntó con sequedad.

—¿No te dijo tu hermana? Murió hace dos meses.

—Pero si él ya murió, Carolina...

—No sufrió mucho, dada su condición.

—¿Quién? ¿Carolina?

—Tu padre.

—¿Y Carolina, dónde está? —insistió el doctor Fuentes.

Elizabeth Castro miró a aquel extraño con desconfianza, y se dirigió a su sobrina.

—Caro llegó cuando mi pobre hermano agonizaba. Murió entre sus brazos.

—¿Y por unas pocas horas va a dejarle la casa sólo a ella? ¡Eso no es justo! —berreó Mónica.

Y entonces la tía Elizabeth “recordó” por qué había olvidado a su sobrina.

—Mi hermano no tenía nada para legar. La casa es mía. Hace años que me vendió su parte.

Esa horrible noticia impactó a Mónica más que la muerte de su padre, o la desaparición de su hermana. Al oírla tuvo que hacer un gran esfuerzo para no caer desmayada.

—No sé por que creíste que la casa era suya. Carolina, por el contrario, conocía perfectamente la situación económica de vuestro padre. Incluso se hizo cargo de algunos gastos de última hora.

—¿Y entonces para qué vino? —preguntó Mónica.

Elizabeth Castro traspasó los ojos claros de su sobrina, más allá del tiempo. Era la misma mirada fría y calculadora de su cuñada.

¡Ahora entendía!... Ahora podía descifrar el misterio del dolor que la bella Carolina parecía tener pegado a la piel. Y es que no debía haber sido nada fácil para ella crecer rodeada de semejantes monstruos. ¡Pobre niña!

—Disculpe señora —volvió a inmiscuirse aquel hombre desconocido—, comprendemos su dolor, pero tengo la urgente necesidad de contactar a la señorita Carolina Castro.

—Pues les deseo mejor suerte que la que he tenido yo. Luego del entierro ha desaparecido. Eso sí, tuvo la deferencia de dejarme una hermosa carta. Es una jovencita muy afectuosa, y ha heredado la sonrisa y el carácter bondadoso de mi madre, que descanse en paz. Todos los que la conocieron en su breve estadía aquí, le han tomado cariño.

—¿Pero entonces Carolina se ha ido?

—Desapareció.

—¿Y la casa?

La tía Elizabeth no se tomó el trabajo de contestar.

¡Monstruos!

* * *

Para alguien que se siente solo, los fines de semana suelen ser interminables. Para colmo se aproximaba la Navidad, y todos corrían nerviosos, en una verdadera maratón de compras y despedidas del año.

Para Nicolás, en cambio, los domingos no se acababan nunca. Y en especial si, como aquel, eran apacibles y soleados.

Antes de conocer a Carolina, el sábado se escurría con la resaca del viernes, y el domingo se diluía frente al

televisor, o en la cancha, disfrutando de algún deporte. La vida así pasaba de semana en semana, monocorde y sin estridencias.

Pero bastó que aquel ángel entrara en su mundo gris, para que todo fuera distinto. Los fines de semana se convirtieron en un momento para disfrutar la intimidad de ambos, sin apuros. Ahora, lejos de ella, sólo quedaba aquel tiempo vacío, y que a él le pesaba tanto. La mayoría de las veces se intoxicaba de trabajo, intentando olvidar. Pero en los días de sol, como aquel domingo, se llegaba hasta la placita más cercana para ver jugar a los niños. Imaginando al hijo de ambos, correr entre ellos.

¿Cómo había podido dudar que sería un buen padre? Criar al hijo de Carolina sólo podía ser fácil. Amarlo, como la amaba a ella. Ser testigo de todas sus caricias de madre, (las mismas que a él le habían faltado). Heredarle a su niño todo aquella ternura que Carolina prodigaba con tanta generosidad.

Los domingos de sol como aquel, sentado solo en la banca de la plaza, imaginaba... Imaginaba que no la había perdido, y que estaba allí, frente a él.

Por un segundo perdió la mirada en el gesto cariñoso de una madre hacia su pequeña hija. La mujer tenía algún parecido con Carolina. Mucho parecido. Su misma ternura, su misma magia. Claro que era más delgada, y que su melena era corta, pero...

El corazón de Nicolás comenzó a latir con fuerza.

No... Estaba alucinando... No era.

¿O sí?

Lentamente se puso de pie. Quería acercarse, pero a la vez tenía miedo de otra desilusión.

Al ver su perfil no pudo pensar más.

Aquella figura recortada por el sol de la tarde lo atraía, más allá de todo otro pensamiento. En su pecho, ese golpeteo sordo se iba volviendo más y más intenso.

Con la devoción de quien contempla lo divino, Nicolás se quedó parado frente a ella, mudo.

Y entonces Carolina, como si pudiera sentir el clamor de su piel, dio media vuelta, enfrentándolo, intuyéndolo.

Fue tan intenso aquel segundo en que se reconocieron, que resultó eterno. Y entre los dos volvió a generarse aquel vértigo propio de los que se aman. Esa necesidad que no cabe en palabras... Y ninguno de los dos era bueno para hablar.

Permanecieron así, uno frente al otro, mudos de pasión, hasta que la pelota de un niño los sacó de su éxtasis.

Y para cuando volvieron a mirarse, fue Nicolás el primero que reaccionó.

—Te amo.

Había esperado tanto tiempo para poder decirlo, que aquella verdad brotó sin cálculo de su boca.

Por un segundo infinito volvió el silencio entre ambos.

Y entonces Carolina, todavía confundida , le respondió

—Yo...

No pudo decir más. De la nada apareció un cuarentón lánguido, mezcla de Sigmund Freud y Don Quijote, que, tomándola por la cintura, la interrumpió.

—Hola —saludó con confianza a Nicolás—, soy el licenciado José Luis Pelufo. El novio de Carolina. ¿Y tú eres...?

La muchacha empalideció, y antes de que Nicolás reaccionara, se apuró a aclarar a su prometido:

—Hace un tiempo trabajé en su casa.

Nicolás le devolvió una mirada triste.

—¿Es el dueño del restaurante del que me hablaste?

—No. Es el doctor Nicolás Expósito.

—¿Doctor? —preguntó el otro, sin ocultar su interés.

—No, José Luis... Por favor, no.

Una niñita de unos cuatro años se acercó a ellos.

—Mamá — le dijo a Carolina, mientras se enredaba entre sus piernas—. ¡Esa nena me lastimó!

En efecto, la niñita mostró un dedo ensangrentado.

El tal Pelufo se apuró a alzarla.

—Tendremos que desinfectarte. ¿Vamos, Carito?

La joven agachó la cabeza con ese gesto que compartía con el hombre que la amaba.

—Un gusto, doctor Expósito. Ya podremos encontrarnos algún otro día. De seguro usted y Caro tendrán mucho de que hablar.

Nicolás no respondió. El tipo lo había dicho con inocencia. No parecía tener ni la más remota idea de quien era él en la vida de Carolina. Aunque... ¿Quién era él en su vida?

Ya no se sentía seguro.

Dócilmente la joven comenzó a seguir a aquel desconocido, que cargaba aún a la niña. Ni siquiera intentó despedirse.

Nicolás se quedó inmóvil, tratando de entender, mientras los observaba partir. Y entonces, por un segundo, ella se dio vuelta.

Y todo comenzó otra vez.

* * *

—Y entonces le dije que la amaba. Fue lo único que pude decir.

“*¡Maldición!*”, pensó la licenciada Rovira, pero en cambio, en tono monocorde se limitó a recitar: —El que hayas podido expresar tus sentimientos es todo un avance.

—Un avance hacia el abismo. Ni siquiera intentó responderme. Luego, de la nada, surgió un tipo que se presentó como el novio.

“*¡Bien!*”, se felicitó la joven psicóloga, olvidando todo lo aprendido acerca de “la transferencia”.

—Por el contrario, Nicolás. Creo que aquel novio no es más que la corporización de la realidad. Amas en forma obsesiva a la Carolina ideal, mientras que la mujer de la realidad vive un romance con otro.

“*¡Qué idiota!, ¿será bizca la fulana? ¿Cómo podrá despreciar semejante bombón?*”

—No sé si un romance... Creo que tendría que buscarla y...

“*¡Maldición!*”

—Si la buscas, puedes cometer un error irreparable.

—¿Pero acaso no has insistido durante estos meses de terapia con eso de que tenía que enfrentar la realidad? Bueno, quiero tomarla entre mis brazos y que me diga que no me ama, a la cara. Necesito escucharlo de sus propios labios.

“*¡Putita que lo parió!*”

—Estás equivocado, Nicolás. Carolina es sólo una obvia manifestación de tu Edipo no resuelto. No quieres recuperarla a ella, sino a tu madre.

—¿Mi madre?! —preguntó confundido—. No hay dos personas en el mundo más distintas que Carolina y mi madre.

—Eso es lo que te dices mientras le haces el amor, pero en realidad, una es el reflejo de la otra.

La sola idea asqueaba al pobre muchacho.

—Vamos a ver... ¿Qué es lo primero que te ha atraído de Carolina?

—Su dulzura. Su forma de...

—Físicamente.

—No se parece en nada a mi madre.

—¿Qué es lo que te ha atraído? —insistió la profesional, con algo de intolerancia.

—No sé... Sus pechos... Su...

—¡Ajajá!... ¡Ahí está! ¡Sus pechos! La imagen misma de una madre.

—Pero Mercedes los tiene artificiales, mientras que Carolina...

—No es por los pechos en si, sino por lo que ellos representan —casi gritó la licenciada mientras, enardecida

quizás por el calor de la discusión, se apuraba a abrir algunos botones de su ajustada camisa, de forma de exponer los suyos.

Nicolás sintió que su terapeuta era injusta. A él no sólo le gustaban los pechos de Carolina. También lo atraían sus formas generosas y suaves, sus piernas robustas, su carita de nena avergonzada, la suavidad de sus trenzas negras...

Suspiró.

Carolina ya no llevaba trenzas.

—¿Cuánto hace que no tienes sexo, Nicolás?

—No se trata de sexo, sino de...

—¿Cuánto tiempo? —insistió la dama con algo de enojo.

—No sé... La última vez fue con Carolina, y...

—No nos andemos con vaguedades, Nicolás. Tú puedes hacerlo mejor... ¿Cuántos días?

—¡Qué sé yo! Supongo que más de seis meses.

—¡Seis meses!... ¡Seis meses! —se horrorizó la profesional, conciente de que ya hacían exactamente trescientos veintisiete días que no veía un pene que no llevara baterías—. ¿Escuchas lo que estás diciendo? ¡Es una barbaridad! Ningún hombre saludable puede jactarse de estar tanto tiempo sin sexo. Y sobre todo uno como tú... —y luego concluyó, sin poder ocultar su lujuria—. Imagino que debes ser muy ardiente

Nicolás lo observó extrañado, y la licenciada cambió el tono de inmediato.

—Cito tus palabras de sesiones anteriores. Según dijiste, el desempeño sexual con tu novia anterior fue más que satisfactorio.

—Yo no diría exactamente que...

—¿Pero llegaban a hacerlo hasta cuatro veces por noche, no?

—Sí, pero...

—¿Y mantenías tu erección todo ese tiempo?

—Sí, pero...

La licenciada se revolvió en su coqueto sillón. ¡Cuatro veces! No podía dejar de imaginar a aquel gigantón con cara de ángel tomándola por asalto cuatro veces. Lastimándola con aquellas manos suaves... Claro que no era ético tener semejantes fantasías con un paciente, pero... ¡qué mierda!, ¡¿quién la estaba vigilando?!

La dama sintió que su sexo se humedecía al compás de los movimientos de aquellos labios suaves y carnosos.

—¿Y con Carolina? ¿Cómo era el sexo con ella? Por como la has descripto, imagino que debía ser bastante sosa y conservadora.

—Con ella era muy distinto. Bastaba acariciarla con ternura para enloquecer. Desde el primer beso me sentí

haciéndole el amor. Claro que era tímida. Le costaba entregarse. Y quizás por eso me excitaba tanto excitarla. Acariciarla hasta sentirla desfallecer entre mis brazos. ¡Dios! Como me gustaba ayudarla a descubrirse, a superar los límites de su inseguridad. Me fascinaba su entrega sumisa. Podía pasar toda la noche recorriéndola lentamente, o hacerla mía en un segundo de pasión desenfrenada. Y fuera como fuera, el placer era siempre increíble. Algo que nunca antes había experimentado. Si incluso, luego de lo del niño, me bastaba perderme en sus curvas suaves para estar satisfecho. No necesitaba más. Despertar entre sus brazos era suficiente.

La licenciada parpadeó, como si algo la hubiera encandilado. ¡Vaya! ¿Acaso existían hombres así?

Real, o fruto de su imaginación, sincero o mentiroso compulsivo, no iba a parar hasta acostarse con él.

—Nicolás, todo lo que dices suena muy bien pero, vas a tener que coincidir conmigo en que es poco maduro. El sexo es sólo sexo, y ese amor romántico que sientes no es más que una combinación química en tu cerebro. Lo que hoy te parece inolvidable, mañana será una mancha en tu memoria. Carolina no te quiere. Cuanto antes lo aceptes, más rápido vas a comenzar a sanar. Y si al tiempo le agregas sexo...

—Ya le dije que no me interesa.

La doctora Rovira saltó como una gata en celo.

—¡Claro que te interesa! Debajo de esa capa de frialdad se esconde un hombre apasionado. Un hombre que lucha por abandonarse al desenfreno, y a la locura. ¿No te gustaría olvidarte de todo, Nicolás? Sé que en tu interior estás caliente. Y que ahora mismo, de tanto hablar de sexo, ya te estás excitando. Ya sientes cosquillas allá abajo. Ya...

—No, la verdad, no —contestó Nicolás con una sinceridad tan obvia como desesperante.

La licenciada intentó otra técnica de abordaje.

—¿Qué opinas del cuero, Nicolás? —preguntó calándose los anteojos.

Su paciente la miró incrédulo.

—No sé por qué pones esa cara —le replicó la dama, un tanto ofendida— El sadomasoquismo es una práctica muy popular por estos días, y como cualquier otro fetiche...

—No necesito de fetiches. Me gusta el sexo tal como es: “normalito”.

—Otro día discutiremos tu concepto de normalidad. De seguro tu crianza con curas ha hecho que...

—Simplemente no me gusta. Sin interpretaciones, por favor.

La doctora Rovira giró en su sillón hasta enfrentar la ventana.

—¿Sabes lo que es el “bondage”, Nicolás?

—Sexo, cuando uno de los dos ha sido atado por el otro.

—Exacto. Y es muy liberador. Muchas veces lastimar o lastimarte durante el acto amoroso...

—¿Y esto que tiene que ver con mi problema? ¿Acaso sugiere que tener una erección mientras se pende de una cuerda, como si uno fuera un jamón en una fonda, es liberador? ¡A la mierda! Entonces prefiero no liberarme.

—Tú no entiendes, Nicolás... Es toda esa educación represora la que...

La licenciada Rovira se interrumpió. Aquel ángel había dejado esa postura melancólica que le había conocido hasta entonces, para dejarse arrastrar por la furia. ¡Y sí que se lo veía enojado! ¡Qué enojado! ¡Qué furia! ¡Qué cara! ¡Qué músculos!... ¡Ese hombre sí que debía saber como dañar! Hubiera podido partirla al medio, de proponérselo. ¡Pura pasión! ¡Puro sexo!

—¡Vamos, Nicolás! ¡Dilo! ¡Grítalo!... La verdad es que estás caliente. Excitado. Tan excitado como yo...

La dama se arrojó sobre él, intentando trepar sin más preámbulos a su sexo. Nicolás, que había sido el mejor de su equipo para eso, la esquivó con rapidez, con tanta mala suerte que la mujer cayó al piso, con el lujoso sillón, (fuente de todo su poder), como sombrero.

—Escucha, idiota —le gritó su paciente, un tanto exasperado— ¿Crees que soy algún escolar al que puedes seducir? Yo, nenita, puedo darte clases. Menos dejarme

culear por un fulano, lo he hecho todo. Y, ¿sabes qué?, no me gusta. ¡No me gusta, ¿oíste?! Como no me gustas tú, ni ninguna otra... Sólo Carolina.

Hizo una pausa. Todavía con el sillón sobre ella, aquella dama se veía patética.

Él se veía patético.

Había llegado hasta allí buscando una respuesta.

Y la acababa de encontrar.

* * *

—¿Y por qué has ido a una psicóloga?

—¿Por qué no?

—Con Esmeralda no ha servido de mucho. No les tengo demasiada fe.

—No todo en la vida es cuestión de fe, Victoria.

—Si tu lo dices...

Nicolás se enfurruñó. Odiaba esa forma que tenía su amiga de ser “tan cristiana”, y de despreciar aquello que no exudara agua bendita.

—Cuando tu padre me trajo a la ciudad para vivir con él, no fue nada fácil. Aldo, como tú, desconfiaba de la

psicología, pero tuvo el buen tino de llevarme a terapia durante los tres primeros años de mi estadía en su casa. Y, por muy raro que te parezca, le debo muchas cosas buenas a mi analista.

—No tienes el tipo del que ha hecho terapia.

—¿Qué tipo es ese?

—Me cuesta pensar que hablaras de tus problemas con alguien... Ni con Carolina has podido hacerlo.

—A veces, el miedo que siento a que me rechacen, me inmoviliza.

La joven se tomó su tiempo para responder, y luego reflexionó.

—Sí... Ahora que lo dices, creo que siempre fue ese el problema con ustedes dos. Tenían tanto miedo de perderse, que nunca hallaron el valor suficiente como para encontrarse.

—¿Qué has querido decir con eso?

—Cada uno de ustedes me ha descripto al otro como un ideal. Tú, con lo de tu “mujer perfecta”. Te hubiera matado cada vez que repetías esa tontera. Para que sepas, la única mujer perfecta es una mujer real. Tenemos hormonas. Somos pasionales, reflexivas. Queremos golpear a alguien una vez por mes, y somos sumisas y pacientes el resto de los días. Eso, querido amigo, es nuestro infierno y nuestro paraíso. Pero tipos como tú nos hacen creer que, además,

debemos ser perfectas. Criaturas angelicales, dueñas de todas las virtudes. Y gastamos mucho de nuestro tiempo y energía tratando de complacerlos. Pues te diré algo: una mujer con un vientre abultado y celulitis, petisa y con piernas muy gordas, o muy flacas; una mujer que te pregunta: “¿estás llevando un saquito por si refresca?”; o una que se impacienta cuando quieres salir antes de que ella haya hecho la cama, esa mujer, amigo, es una perfecta mujer. Una mujer real.

—Debo haberme portado muy mal para merecer semejante discurso feminista.

—Muy mal. Primero con tu secretaria, y luego con Carolina. De las dos pretendías demasiado.

Nicolás bajó la cabeza, y luego musitó: —Tienes razón.

Su amiga lo observó extrañada. ¿Iba a rendirse sin dar pelea?

—¿Sabes, Victoria?, lo que ocurrió con mi analista fue revelador para mí. Sin ella saberlo, esa mujer idiota me enfrentó con mi propia necesidad. Yo, como ella, he querido imponerme a alguien que deseaba con locura. He visto lo que quería ver, olvidando la realidad... ¿Sabes?, cuando Carolina se fue con aquel tipo y la niña, yo me dije a mí mismo que ella no era feliz... Contra toda evidencia me dije que entre nosotros todavía había algo. Y durante el resto del día me repetí lo mismo. Pero al llegar la noche comencé a recordar su apariencia. Había algo en ella que me

molestaba. Algo que no podía entender... Ayer, cuando salí del consultorio, todavía furioso, comprendí que era...

—¿Qué?!... ¡Vamos!, no calles ahora. Si has visto la luz, tienes que contarme —dijo su amiga en forma socarrona..

—Me alegra que mi desgracia te haga feliz —replicó el joven abogado con enojo.

—Disculpa... Pero no imagino que puede ser “eso” que te hizo cambiar tan radicalmente .

Nicolás suspiró.

—Cuando salí de ese consultorio, tratando de calmarme, recordé como se veía Carolina en la plaza. Y entonces me di cuenta. Pude entender aquella realidad que, por dolorosa, estaba negando...

—¡No hagas más misterio!

—Carolina se veía increíble. Su mirada era luminosa, su cuerpo estaba delgado y firme, su piel, bronceada por el sol, se veía fresca. Toda ella parecía hermosa y distendida. Como nunca lo había estado a mi lado.

Victoria, que lo observó agachar la cabeza, apesadumbrado, se acercó a él, acariciándolo en silencio; tratando vanamente de consolarlo.

—¿Sabes?, cuando vi a la doctora Rovira allí, tirada en el piso, luchando por sacarse de encima su silla, tuve la sensación de estar frente a un espejo. Yo también me había

abalanzado sobre Carolina, y como mi psicóloga, había terminado en el suelo, despatarrado. Es evidente que ella ya no me ama, si es que alguna vez lo hizo... Y es que quizás aquel silencio que tanto me enamoraba, no fue más que puro desinterés.

—¿Y porque Carolina haya tomado un poco de sol, y ya no lleve más trenzas, vas a comenzar a salir con otras? Entonces no la debías querer tanto.

—Te equivocas. Es porque la quiero tanto que voy a hacer lo imposible por olvidarla. Necesito que sea feliz. Cueste lo que cueste...

“¡Qué arrevesado!”, pensó Victoria. “¿Cómo no se daba cuenta que...?”.

Aunque, pensándolo bien, ¿no había sido ese mismo el error de Samuel con ella? ¿No había tratado de alejarla de su lado, para así evitar que saliera lastimada?

Era curioso que, cuando se miraba desde afuera una historia de amor, resultara tan fácil darse cuenta de lo que había que hacer. Pero cuando era uno el protagonista, todo se volvía confuso o arrevesado.

¡Qué tontería!

* * *

—¡Tonterías! —bramó Mercedes, mientras corría en la cinta, apenas cubierta por una braga mínima—. Juanita no es mujer para Nicolás. Me gustaba mucho más la hija de Teresita.

—¡No seas tonta, Mercedes! —se ofuscó su hija menor—. Carolina no era más que una “negrita”. Sólo le faltaba la cofia y el delantal para ser una sirvienta hecha y derecha.

—¡Tonterías!... Era una buena niña. ¡Y muy dócil! Juanita, en cambio...

—A ella no va a ser fácil manejarla, ¿no es cierto? —se regodeó Esmeralda— Juanita tiene un carácter de mierda, y de seguro no va a permitir que la mandonees.

—Juanita Mendizábal es hermosa, y una profesional muy competente, pero no me parece mujer para Nicolás —se inmiscuyó Victoria, al llegar al cuarto y escuchar la conversación.

—Pues mamá y tú van a tener que resignarse. Hace apenas una semana que están saliendo, y ayer Nicolás me contó que piensan comprar un departamento para ir a vivir juntos. ¡Está embobado con ella!

—¿Eso te dijo? —se sorprendió su media hermana.

¡Qué tontería!

* * *

Victoria se sentó, y comenzó a pasear su vista por el arenero, mientras le alargaba un balde y una palita de colores vibrantes al pequeño Gabriel.

Era la tercera vez en el mes que se llegaba hasta esa pequeña placita, distante unas treinta cuadras de su casa. Nada cómodo para ella, por cierto. Pero siempre llegaba allí con la misma loca esperanza. Y aquella mañana todo su esfuerzo se vio compensado. Allí estaba ella. Y tan hermosa como la había descripto Nicolás. Las mejillas arrebatadas por el sol, el cuerpo torneado, la melenita corta dibujando su bello rostro. Pero su mirada... No sólo no era luminosa, sino que era tan triste, que todo el tiempo daba la impresión de que estuviera a punto de romper en llanto...

¿Y ese, quién era?

¿Acaso había cambiado a Nicolás por ese tipo?

Unos gritos prepotentes del pequeño Gabriel la volvieron a la realidad. El niño había salido a su padre, y estaba tratando de lograr por la fuerza que una niñita mayor le devolviera su juguete a otra, que estaba tendida en el piso, llorando. Su pequeño demonio rojo, en inferioridad de condiciones dada la diferencia de edad, tenía, sin embargo, total dominio de la situación: tironeaba del cabello de la ladrona con una mano, mientras con la otra intentaba alcanzarle el juguete a su legítima dueña.

Victoria corrió para separarlos, mientras alguien más la imitaba. Y fue sólo cuando ambas mujeres tuvieron a sus niños en brazos, que se reconocieron.

—¡Victoria!... ¿Qué haces aquí?

—Paseo a mi niño que, por cierto, se ha quedado con algo del cabello de tu niña.

—No te preocupes... Ella también tiene su carácter.

—¿Eres su institutriz?

Carolina no pudo contestar.

—¡Ese nene malo me pegó! —acusaba una y otra vez la niñita a los gritos, mientras el pequeño Samuel no se resignaba a dejarla escapar sin castigo.

A ambas mujeres les demandó unos minutos poner todo en orden, y calmar los ánimos.

Luego se sentaron a charlar.

—Se te ve espléndida.

—Estás muy bien.

Corearon al unísono.

—¿Qué te has hecho, Victoria? De verdad estás espléndida.

—Darme permiso para no ser perfecta. Luego del “accidente” de mi marido, me di cuenta que podía parar un poco, sin que el mundo se cayera a pedazos. Claro que muchas cosas no salen como quiero, y al principio no fue fácil... Pero ahora, bien dormida, con tiempo para jugar con

mi hijo, y otro para hacerle el amor a mi marido, ser perfecta no me parece tan importante.

—¡Te felicito!... Creo que elegiste lo mejor.

—Pero, ¿qué te has hecho tú? También estás espléndida. Parece que fueras todos los días al gimnasio.

Carolina sonrió, y su mirada oscura no tardó en iluminarse de orgullo.

—¿Recuerdas que alguna vez te mencioné mi tesis, premiada por la UNESCO?

—Sí.

—Pues un profesor de la facultad decidió llevarla a la práctica en cuatro lugares remotos de la provincia de Jujuy, a más de mil setecientos kilómetros de aquí. Son sitios a los cuales se llega a lomo de burro, donde la gente apenas conoce el castellano, y nunca ha visto dinero corriente. Nadie en su sano juicio quiere enseñar allí. El proyecto incluía el uso de material informático de desecho, refaccionado por escuelas técnicas. Uno o dos ordenadores, con los programas necesarios para alfabetizar a los del lugar. La clave para confeccionarlos era usar elementos reconocibles por cada comunidad, y que los tópicos incorporaran su historia, sus costumbres religiosas, consejos para mejorar las cosechas o cuidar el ganado, y primeros auxilios.

—¿Y cómo conectas un ordenador en medio de la nada?

—Paneles solares.

—¿Y la Internet?

—No pretendemos tanto. Sólo alfabetizar a todos los miembros de la familia.

—Si funcionara sería maravilloso.

—¡Funcionó! Mi profesor consiguió fondos privados para financiar el proyecto. Contrariamente a lo que se pensaba la parte tecnológica ha sido la más fácil. Lo más complicado resultó que las psicopedagogas diseñaran programas a la medida de cada comunidad en particular. Tuvieron que vivir más de un mes en cada una de ellas, y valerse de intérpretes.

—¡Te felicito! ¡Es maravilloso!... Pero, ¿eso que tiene que ver con que hayas adelgazado?

—Hace unos meses me encontré con mi profesor. Él había registrado la idea a su nombre, y la había puesto en práctica, pero necesitaba quien lo ayudara a evaluar los resultados. Hemos estado más de cuatro meses recorriendo a pie, cerros y quebradas. Ha sido cansador, pero muy gratificante. Por primera vez pude sentir que todo lo que había estudiado servía para algo.

—¿Sabes qué? Si da tanto resultado, tendrías que llevar tu idea a planos gubernamentales para...

Victoria no pudo concluir. Una sombra alargada la estaba cubriendo.

—Hola... Soy José Luis, el prometido de Carolina.

La joven novia empalideció, mientras su amiga miraba al recién llegado con curiosidad.

A punto de caerse de los cuarenta, enjuto, y con una barba oscura que rodeaba su cara pálida, acentuando la coronilla desnuda de su cabeza, aquel hombre con gafas tenía el aspecto típico de un intelectual, y un “look” a Sigmund Freud que obviamente no era casualidad.

—Mucho gusto. Yo soy Victoria, una antigua amiga.

—¿Victoria?

—Victoria Ferrari.

Los ojos oscuros de aquel larguirucho se iluminaron. Todos habían oído hablar del milagro de las industrias Ferrari.

—¡Qué oportuno! —se regodeó el hombre—. De seguro Carito te ha comentado algo de nuestro proyecto.

—José Luis, por favor... —reclamó Carolina en voz baja.

—Algo me ha dicho —contestó Victoria—. Y yo le sugerí establecer contactos con el gobierno para poder llevar el sistema a nivel nacional.

José Luis se incomodó.

—Eso es justo lo que estamos tratando de evitar.

—¡José Luis! —se escandalizó Carolina.

—Queremos saltar toda la burocracia y la corrupción —continuó el otro, indiferente, con un tono de vendedor al que sólo le faltaba decir “llame ya”—, por eso estamos pensando recurrir a los grandes grupos empresariales. Por muy poco dinero, una empresa como la tuya, podría comprar el sistema para usarlo como propaganda institucional. ¡Qué puede mejorar más la imagen de una marca, que haber contribuido a la educación de la gente!

Carolina empalideció.

—Victoria no está interesada, José Luis. ¡Déjala!

Por toda respuesta el pedagogo se dirigió a la joven empresaria, como si su novia no estuviera presente.

—¡Esta Carito! Tu has visto como es... ¡Carece de iniciativa! Y es tan tonta como para querer regalarlo todo. Vivimos en una sociedad capitalista... No es que yo lo apruebe, si, incluso, en la universidad participé activamente con grupos de izquierda. Pero las cosas son así, y hasta tanto las pueda cambiar, no hay nada de malo en cobrar por lo que tiene un precio. Créeme. Para una empresa como la tuya el sistema sirve de verdad. Y no sólo por eso de la alfabetización, que está muy bien. Con los ordenadores allí, puedes entrenar a la gente para lo que quieras. Piénsalo, ¿cuánto vale poder obtener mano de obra bien capacitada y barata?

Victoria sonrió. Estaba acostumbrada a los negocios brillantes que le proponía gente oscura.

—Lo que no entiendo, José Luis, es por qué, si la tesis es de Carolina, eres tú el que la tiene registrada a su nombre.

El tipo se incomodó.

—La busqué por cielo y tierra cuando conseguí los fondos, y me vi en la obligación de... Además, hay una cierta articulación del sistema que me pertenece. Fui yo el que...

—Pero tú registraste la idea, y la idea es suya.

—Carolina no tiene visión. ¡La conoces! Peleamos todos los días porque quiere regalar la idea... Mi novia es brillante para la educación, pero una tonta para la vida. Por eso estaba como estaba cuando la encontré. Prácticamente se puede decir que la recogí de la calle. No tenía ni un peso... Además, nosotros nos queremos casar cuanto antes, y para eso necesito dinero, ¿no, Carito?.

Victoria observó a su amiga. Se veía pálida y molesta.

¿Qué le había visto a ese tipo?

La nenita a la que Gabriel había intentado dejar calva, se aproximó corriendo hasta ellos. Estaba llorando, y no dudó en abalanzarse a los brazos de Carolina.

—Esta es mi hija —la presentó José Luis

—¿Quién es, mamá? —preguntó la niña, entre lágrimas.

—Es una amiga mía —respondió Carolina, mientras la acariciaba con dulzura, tratando de calmarla.

—La madre ha renunciado a la tenencia —informó José Luis con enojo—, y cuando nos casemos, Carito va a adoptarla.

¡Ah!... Ahora Victoria sabía lo que le había visto.

La joven madre capturó a su pequeño demonio rojo, mientras corría cerca de ella.

—Este es mi niño. Y ahora será mejor que me vaya. Lo lamento, José Luis, pero no me interesa tu propuesta. Al menos no por ahora.

El hombre trató de insistir, pero la eficaz empresaria sabía cómo decir que no. Sin dar lugar a resentimientos, se despidió de él y de la niña. Pero al llegar a su amiga, le susurró.

—En cuanto a ti, “Carito”, ¿por qué no vienes mañana a las diez a mi oficina? Tengo una propuesta para hacerte. ¡No faltes!

Gabrielito se negaba a abandonar el parque, pero Victoria, (como José Luis había experimentado en carne propia), no era fácil de doblegar. Con determinación lo llevó hasta su automóvil.

El novio de Carolina la observó partir, sin ocultar su encono.

—¡Qué estúpido consentido es ese niño! Tu amiga se cree gran cosa, pero no tiene la menor idea de cómo

educarlo. ¡Eso le tendría que vender! Un método para ser buena madre.

—Déjala tranquila.

—¿Por qué no vas mañana a su empresa, e intentas...?

—No, José Luis. Olvídate de ella. No pienso volver a verla nunca más...

* * *

¡Guau!... Eso sí que era una caricia... Ahí... Sí, ahí... Hummm... Delicioso...

Su sexo estaba a punto de estallar.

¡Qué hombre!... ¡Qué músculos!... ¡Qué culo!... Hummm...

Podía dejarse morir entre sus brazos, que un beso como ese de seguro iba a conseguir resucitarla.

¡Qué pasión!... ¡Qué locura!... ¡Qué...!

—¿Qué te ocurre, Nicolás?! ¿Por qué te has detenido?!

—Por esta noche mejor lo dejamos así... Sabes que no quiero precipitar las cosas.

—Y yo tampoco, pero... no soy una monja. Ya hace tres semanas desde nuestra primera cita. Incluso hemos hablado

de ir a vivir juntos... ¡Y todavía no hemos hecho el amor! — se quejó la joven, aún jadeante por el deseo.

—Creí que estaba listo, pero no es así. Te dije que acabo de salir de una relación muy significativa, y es obvio que todavía no me he recuperado.

Resignada, la rubia infartante se abrochó el sostén y se acomodó la braga. No estaba acostumbrada a implorar para que alguien le hiciera el amor.

—Yo también acabo de terminar una relación. Con Juan Pablo convivimos cinco años. De seguro la tuya no ha sido tan larga.

—No.

—¿Cuántos años?

—Un poco más de seis meses...

—¿Te burlas de mí?! ¡Eso no es una relación, sino un viaje en metro!

—No es cuestión de tiempo —rezongó Nicolás.

—¿Y entonces?

—No me gusta hablar de eso

—Pero tienes que decirme si...

—No tengo que decirte nada —la interrumpió—. Los interrogatorios mejor los dejamos para la Corte.

—¿Por qué te pones a la defensiva?

—Ya te dije. Fue una relación importante, y todavía me duele

—Pero...

—Perdimos un bebé. Dieciséis semanas de embarazo.

Juanita se arrepintió por haber preguntado. Era más de lo que quería saber.

—Creo que tengo edad para ser padre. Y un hijo, para mi, es una asignatura pendiente.

—¿Un hijo? —se espantó Juanita. Eso sí que no lo había calculado.

—Cuando comencemos a vivir juntos es lo primero que...

—Soy muy joven para un hijo. Acabo de recibirme, y, si es que alguna vez me decido, prefiero que sea cuando ya tenga mi carrera encaminada. Además...

—¿Además?

—Eso de que todas las mujeres nacimos con instinto maternal es un mito. Yo, al menos, no lo tengo. Los chicos me desesperan, y nunca pensé que tú opinaras distinto. Te vi junto a tu ahijado, el niño pelirrojo. Es obvio que no te atrae para nada, y eso que es un muchachito bastante simpático.

Sí, a que negarlo, a Nicolás los niños, aún su ahijado, lo asustaban.

No, no quería un hijo. ¡Quería un hijo de Carolina!

La joven insistió.

—¿Por qué rompieron?

Por toda respuesta Nicolás se dio media vuelta y puso en marcha el motor del yate. Quería regresar lo más rápido posible, antes de que fuera demasiado tarde.

* * *

—¿Ya es muy tarde?

—No... Por favor, adelante Carolina. Creí que no te ibas a animar a venir.

—Yo pensé lo mismo.

Victoria se apuró a servirle un café, para luego volver a arrellanarse en su sillón. Con sus inmensos ojos claros, y su figura menuda perdida en medio de tanto cuero negro, parecía un gato al acecho.

Carolina se intimidó, (como siempre que entraba en aquella oficina), así que Victoria se vio forzada a tomar la iniciativa.

—Todavía no puedo entender por qué te fuiste de...

Pero no tuvo tiempo de acabar la frase. Su amiga la interrumpió de inmediato.

—Prefiero no hablar de eso.

—Nicolás está destruido.

—Él conoce muy bien el motivo de mi partida. Y creo que, aunque doloroso, fue lo mejor para ambos. No me gusta vivir en la mentira... Y como te dije, prefiero no hablar de eso.

Por primera vez desde que Victoria la conocía, la bella muchacha sonó terminante.

—Bien. Nada acerca de Nicolás o tu pasado. Entonces hablemos de tu presente. ¿Qué haces con ese tipo?

Victoria tenía muchas virtudes, pero la delicadeza no era una de ellas.

—Es mi novio. Vamos a casarnos —la enfrentó, para cambiar de tono de inmediato, comenzando a justificarse—. Tengo treinta y tres años, y a esa edad...

—¿A esa edad, qué? ¿La gente se casa? No eres tan estúpida como para creer eso. La gente se casa por amor, y no hay edad para encontrarlo.

—Para ti es fácil hablar. Eres bastante menor que yo, y tu vida ya está resuelta. Yo, en cambio, ya estoy cansada de pelear sola. De no tener casa, ni quien se ocupe de mí.

“Porque no quieres”, pensó Victoria, pero, en cambio, dijo:.

—¿No te das cuenta que estás repitiendo la historia que tuviste con Tommy? Otra vez te has atado a un tipo cualquiera. Uno que, por otra parte, no hace más que tratarte como basura: “*Carolina es una tonta*”, “...*no tiene visión para los negocios*”, “... *no sabe vivir*”. Un tipo que pone en palabras todas tus inseguridades... Tú no necesitas alguien así. Es lo último que te hace falta.

—Pero su hija “sí” me necesita. No tienes ni idea todo por lo que esa pobre niña ha tenido que pasar.

—¡Ajá! Lo que imaginaba. Es por la hija. Por su necesidad. ¿Y las tuyas?... ¿Cuándo vas a comenzar a respetarte?

—¿Me has invitado para darme un reto?

—No, lo he hecho para intentar comprenderte. Pero me doy por vencida. Imagino que tu infancia no habrá sido fácil, pero ya eres niña grande, y tendrás que dibujar tu propio destino. Y no te veo junto a ese idiota por el resto de tu vida.

—No me parece educado que llames así a mi novio.

—Sólo traduzco lo que dicen tus ojos, ¿o me lo vas a negar?

Carolina agachó la cabeza, en aquel gesto que a su amiga le recordaba tanto a Nicolás.

—Como tú dices, no te he hecho venir hasta aquí para retarte. Por el contrario, te necesito... He estado pensando

mucho en lo que me dijiste durante nuestro último encuentro. La idea de hacer una guardería en la fábrica me ha entusiasmado. De hecho, ya realicé todo el trámite burocrático, dispuse el lugar, y me he comunicado con alguna gente. Todos coincidieron en lo mismo: mezclar niños de jefes y empleados puede traer problemas.

—Mezclar niños siempre trae problemas, sean los hijos de quien sea. Lo importante es saber enfrentarlos.

—Para eso te necesito a ti. Me gustaría que organizaras la tarea, y luego te convirtieras en la directora. El sueldo que te ofrezco te permitiría independizarte e, incluso, ahorrar para tus propios proyectos.

—No quiero caridad.

—Carolina, soy empresaria. No mezclo la caridad con los negocios. El único objetivo de una empresa es generar ganancias. De eso se alimenta, y con eso crece. Luego, si quieres, parte de las ganancias pueden destinarse a la caridad. Pero nunca es al revés... No, la guardería tiene que lograr mejorar el clima laboral, evitar el ausentismo, e incrementar el rendimiento. De lo contrario, la cerraré de inmediato... Esas son mis condiciones.

—Lo que me ofreces es lo que siempre he soñado. No le tengo miedo al fracaso, porque estoy muy segura de lo que hago. Pero yo también tengo mis condiciones. Una sola, para ser más precisa. Pero una que quiero que se respete. En caso contrario...

—Tú dirás...

—Nicolás es tu asesor jurídico... Yo trabajaré aquí... No quiero verlo, ni tener noticias de él. Ese es un capítulo de mi vida que quiero cerrar para siempre.

Victoria se sorprendió al darse cuenta de todo el resentimiento que escondían esas palabras. Al parecer, su amigo había dañado a esa muchacha cristalina y con sentimientos a flor de piel, más de lo imaginable.

—No puedo garantizarte que no lo cruces en un pasillo. Pero te doy mi palabra que no volveré a mencionarlo si tú no me preguntas, y que en ningún caso le contaré algo sobre ti.

Carolina sonrió de esa forma hermosa que le ganaba el favor de los niños y de los hombres, y Victoria la observó, complacida.

—Entonces, ¿es un trato?

* * *

—¡Un trato! ¿Cómo que has hecho un trato con ella? ¿Con qué derecho?

Carolina se miró en el espejo de la sala. Al fin su cabello comenzaba a crecer, y ella podía reconocerse en la imagen que le devolvía su reflejo. Todo el asunto del corte había

sido idea de José Luis. Había insistido con aquello del “aspecto poco profesional”.

—¡Eh! ¡Carolina! ¿Me escuchas? ¿Con qué derecho has aceptado su propuesta? Sabes que tengo que viajar a Brasil a fin de mes para entrevistarme con un grupo empresario. Sabes que si ellos compran la idea, podemos tener nuestro destino resuelto por los próximos veinte años.

“La idea es mía, y no me interesa venderla”, pensó la muchacha. Pero nada dijo.

—Escucha, Carolina. No hagamos idioteces ahora. Si yo me dedico a los negocios, tú debes supervisar el proyecto. ¡Te necesito! Sabes que no puedo hacerlo solo.

“No, claro. Si desde que me encontraste todo el trabajo lo realizo yo”, se dijo. Pero no abrió la boca.

—Además, está lo de la niña. ¡No pretenderás que yo solo me haga cargo de ella!

“No. Eres tú el que pretende que yo sola me ocupe”, se repitió, pero una vez más se abstuvo de hablar.

—Cuestión –insistió él—, ¡qué no se hable ni una palabra más!. Estoy harto de escucharte, Carolina. Mañana mismo saco los pasajes.

La joven volvió a mirarse en el espejo. Sí, ahora que ya le alcanzaba para dos pequeñas trenzas, se reencontraba con aquella que había sido antes, cuando era feliz.

¿Y si lo volvía a intentar?

* * *

Carolina tomó a la pequeña Malena con una mano, y el pasaje para Brasil con la otra.

¿Cómo se había dejado convencer por José Luis? Aquello era una locura. Pero es que durante ese tiempo se había apegado tanto a la niña que la sola idea de separarse de ella le resultaba imposible.

—No te vas a ir, mamina, ¿no? —le había repetido una y otra vez desde que se subieran al taxi, con tono angustiado.

—No, Male... No te voy a dejar...

¡Pobre niña!

Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite y suscríbase a nuestro grupo de Yahoo*

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

Una novela romántica diferente.